

los límites de lo humano: En el orden moral todos los modelos son inferiores á este, puesto que sea el que se quiera el punto de vista desde el cual se le considere, resultan patentes en favor del mismo las siguientes ventajas; perfeccion absoluta; verdadera medida dentro de esta perfeccion y ser inexplicable en esta misma perfeccion.

O Dios, es decir, lo absoluto en sustancia no existe, ó una santidad que lleva impreso el sello de lo absoluto debe ser divina. Tal acontecimiento con la de Jesus que carece de límites. La perfeccion humana se reconoce siempre á consecuencia de algun vacío: ¿dónde están los vacíos en la parte moral de Jesucristo? Los hombres más perfectos que estamos acostumbrados á ver, ofrecen siempre una virtud saliente sobre el conjunto de sus demás virtudes; por lo mismo que su santidad es parcial: nadie es capaz de indicar la virtud sobresaliente de Jesus, puesto que las posee todas. No solo ha puesto de manifiesto al mundo una moral completamente desconocida, sino que además fué á la vez ejemplo y revelador; y si era indispensable ser un Dios para revelarla, no ménos se necesitaba serlo para ofrecer en sí mismo un ideal tan perfecto.

Por lo demás, en tanto que los otros funda-

dores tienden á la dominacion, este subordina sus designios todos á la perfeccion y á la purificacion de los hombres. Sólo él, sin más vínculo de union que la comunidad de virtudes, ha logrado establecer el reino de las almas y la república universal de las conciencias. Creacion aparte, que no entra en manera alguna en las ideas del hombre, y que sólo puede ser producto de una moralidad divina. En efecto, en el seno de esta creacion, Jesus siembra virtudes cuya aparicion ha sido el comienzo de una era: la castidad, la humildad, la pobreza voluntaria, la obediencia por amor, la compasion para con los pobres, la indulgencia respecto de los pecadores, la piedad para con los recién nacidos, son otros tantos timbres que ennoblecen el alma humana, que considerados hasta entónces como vicios ó debilidades, véense por él convertidos en instrumento de universal transfiguracion.

La plenitud de la santidad de Jesus, no tiene igual áun puesta en parangon con todos los santos de la humanidad. Como con tanta exactitud lo ha dicho M. Nicolás, podemos á nuestra vez repetir: imaginad un sábio cualquiera, y de seguro descubriréis en él rasgos de fisonomía que os lo harán semejante ó parecido á otro, mas buscad un rostro que pueda ponerse al lado de

la santa Faz, sin que resulte perjudicado el sentido moral, y de seguro no lo encontraréis. Sócrates podrá ser comparado á Platon; Boudha á Confucio; Mahoma á Zoroastro, solo Cristo es parecido á sí mismo, y separado de la tierra por una especie de pedestal místico, no puede compararse á nadie absolutamente de la tierra, porque sus iguales son únicamente el Padre celestial y el Espíritu Santo. Unicamente él puede decir á sus acusadores, lo que hombre alguno tiene el derecho de decirles: *¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?* (1) Y ante semejante palabra brota de su frente una luz deslumbrante: los santos callan y adoran; los fariseos enmudecen y perecen de despecho; diez y ocho siglos cierran los labios sin atreverse á balbucear una palabra para desmentirle, y la humanidad entera se ve obligada á inclinarse delante de él, apesar de su resistencia á humillarse, porque comprende que semejante provocacion tiene más alto asiento que su miseria, y que por más que hiciera no lograría triunfar.

Hay sin embargo un mérito no ménos difícil que la perfeccion y es la medida en la perfec-

(1) S. Juan, 8.º 44.

cion. Una de las cosas mas antipáticas á la humanidad, es la sobriedad en la sabiduría tan recomendada por S. Pablo. Naturalmente nos inclinamos hácia el bien, huyendo los excesos del mal y sólo Dios es capaz de ese perfecto equilibrio, de ese justo medio proverbial en el cual consiste la virtud; ello es que nadie, ántes de Jesucristo, supo dar con el punto imperceptible más allá, ó mas acá del cuál, termina la perfeccion. Contemplad por ejemplo á Caton en su impassibilidad imperturbable, y un sentimiento íntimo os dirá: es una actitud fuerte; pero extremada: contemplad á San Simeon Stylita en su columna; á Francisco de Asís, bajo los harapos de su pobreza; al inocente S. Luis Gonzaga en el fervor de su niñez immaculada, y la conciencia os dirá: es respetable; pero más fácil de admirar que de imitar. En una palabra, en todas partes en la humanidad, ese defecto de exageracion, que consiste en no saberse preservar del mal, como no sea arrojándose en la exageracion del bien. Jesucristo es el único que no ha menoscabado su virtud en lo más mínimo, ni siquiera por exceso de perfeccion. Si le colocamos al lado de todos los áeres perfectos formados en su escuela, de seguro quedaremos ménos sorprendidos por el espectáculo del adorable mo-

delo, que por el de sus discípulos. Semejante á esos edificios cuya magnitud desaparece ante la exacta proporcionalidad de sus dimensiones persuade de que para imitarlo basta conseguirlo. Más bien solicita nuestra imitación que influye para que desesperemos de alcanzarla; pues así como la virtud de los santos nos asusta, la suya nos atrae. En vano el presidente romano poniéndolo de manifiesto al pueblo exclamó: Hé ahí el hombre, pues ante el aspecto de aquella fuerza tan tierna, de aquella magestad tan sencilla, de aquella dignidad tan paciente, de aquella santidad tan templada, de aquellos matices indescriptibles, en una palabra, que constituyen su carácter moral, la razón se ve obligada á exclamar: Hé ahí un hombre Dios.

Y al llegar á este punto, permítaseme manifestar, que aun cuando se me amenazara con los más atroces suplicios, tendría que renunciar á establecer un paralelo entre la belleza moral de Jesús y la de los demás fundadores de religión. Convento en que la moral del bouddhismo no es impura; pero no puede negarse que en cambio es soberanamente ridícula. Un mundo construido á su imagen, sería una caricatura: un mundo poblado de hombres parecidos á Jesús, sería un paraíso. En cuanto á la moralidad de Mahoma,

basta con decir, que al paso que veo á la pasión empeñarse en semejante rehabilitación, me siento mayormente humillado por las ineptias perversas que la época presente osa exhibir á su credulidad. Y gracias aun, que cuando de virtud se trata, no se mencione jamás al disipado legislador de los hijos de Ismael; pues no puede negarse que fué un hombre perverso; más bien que un reformador, un hombre que se mostró vicioso hasta la desvergüenza, no sabiendo ser puro hasta el sacrificio. Al morir dejó nueve viudas; habiase casado públicamente con quince mujeres, sin contar las concubinas. Los que ven en el Corán un libro edificante, y en su autor un digno rival de Jesucristo, indudablemente en contra suya terribles pruebas, si estuviese averiguado que solo hablan de los libros que han estudiado y de los hombres que conocen.

Mas, ¿qué necesidad tenemos de someter la santidad de Jesús á esas odiosas comparaciones? La misma negación nos dispensa de ello. Strauss ha puesto término á uno de los libros más anticristianos de nuestro siglo, con esta inesperada concesión: «No ha existido persona alguna capaz de alcanzar el mismo grado de vida religiosa que Jesucristo (1).» Inconsecuencia flagran-

(1) Strauss, t. II, p. 770.
ROMA 2.

te, puesto que si Jesús no fué más que un hombre, no se concibe que no pueda ser igualado por otro. Inconsecuencia, por otra parte, digna de respeto, porque demuestra que el espíritu occidental, está tan completamente lleno de la divinidad de Jesucristo, que aún en los momentos en que la niega en sus premisas, implícitamente lo confiesa en sus concuencias.

Sin, embargo entiéndase que no acepto en favor de mi adorado Maestro esos irrisorios homenajes, puesto que si por la santidad no se eleva hasta Dios descende hasta un nivel inferior á la honradez humana. No olvidemos en manera alguna que no deja pasar ni una sola ocasion, y de ello son testigo los Evangelios; en que no afirma su divinidad aceptando la prueba de ese papel difícil en lo porvenir. Bouddha no se presenta como Dios, sino como iniciador destinado á librar á los hombres por medio de un nuevo método de anonadamiento. El visionario de la Meca proclama que sólo Dios es Dios, y que Mahoma en su profeta. En una palabra, no existe revelador alguno que haya osado colocarse sobre los altares, y reclamar adoracion: solo los tiranos son capaces de semejante locura. En cambio Jesucristo hace su propia apoteosis, y exhibe títulos en su apoyo. De manera que ad-

mitiendo que no sea un Dios, no cabe más recurso que considerarle como un criminal; y si no es adorable como el santo de los santos, merece ser despreciado como el más orgulloso, el más egoísta, el más ambicioso, el mayor tirano y el más abominable de los hombres.

Admitamos la naturaleza divina en Jesucristo, y todo cuanto ha dicho de sí mismo y todo cuanto de nosotros exige, todos los derechos que se reserva, y todos los deberes que nos impone, confirman su perfeccion ideal; mas escatimémosle la naturaleza divina, y lo reducimos á un sér problemático, en el cual no debemos ver otra cosa más que el charlatan, el loco, ó el malhechor. Perdóneme Jesús esa blasfemia arrancada por la hipótesis que al par oprime mi corazón é ilumina mi inteligencia: mi fé desmentirá por medio de sus íntimas adoraciones, cuantas injurias va á trazar mi pluma.

Si, suponiendo que Jesucristo no sea Dios, debe considerársele como un impostor, puesto que no una, sino cien veces, con hechos y con palabras revela su divinidad. Y es un impostor despreciable, que aducia falsos milagros en apoyo de sus asertos, y que corroborando sus embustes con ridículas mistificaciones, no vacilaba en descender hasta el último extremo de la de-

gradacion en materia de impostura, es decir, hasta el chalatanismo. Hay más aún; es un impostor que no tiene disculpa, por lo mismo que en la sinceridad no existen dos medidas; siquiera se establezca diferencia entre el que nunca miente, ó el que sólo miente alguna vez, y aún cuando fuera verdad que no hizo más que aceptar, sin buscarlo, el papel de taumaturgo, siempre resultaría que en el mero hecho de no haber protestado de ello, descendió de las alturas de su Olimpo hasta el tablado del farsante. Ahora bien: dígame el lector sinceramente, si puede imaginar cápaz de tan negra combinacion á ese sábio de los sábios, á ese tipo deslumbrante de candor y de amor, que santificó el universo, que practicó tantas virtudes, que consumó tantos trabajos, y que selló sus virtudes y sus trabajos con la sangre más pura que en tiempo alguno haya regado la tierra?

Y ya que Jesus, atestiguando falsamente su divinidad, no sea un embaucador, preciso sería convenir en que es un visionario, y un visionario tanto más extravagante, cuanto que habría estado poseído de la más extraña locura que pueda imaginarse, la de creerse el Sér supremo; y un visionario tanto más imprevisor, en cuanto inscribiendo al pié de sus obras la firma de Dios,

toma á su cargo un papel que no es posible desempeñar, y se prepara la inevitable vergüenza de un fracaso ridiculizado por el porvenir; un visionario, en fin, tanto más ciego, en cuanto descendiendo de un carpintero y habiendo nacido en un establo, constituye el colmo del absurdo en la impiedad, el mero propósito de aspirar á ceñir desde la tierra tan incomparable corona. Y ahora pregunto: ¿existe hombre alguno, dotado de sentido comun, capaz de consentir que se cubran con esa túnica de insensatez los hombros del mayor moralista, del legislador más sublime, del jefe de imperio más ilustre que haya existido jamás?

Finalmente, si Jesus haciéndose el Diós no es un loco, es un malhechor, y un malhechor muy culpable para con el cielo, puesto que pretende abolir el paganismo, y haciéndose tributar honores inmerecidos, por lo mismo que sólo corresponden á la divinidad, lo eterniza merced á una habilidosa trasformacion, y un malhechor no ménos culpable respecto de la humanidad, por lo mismo que la extiende sobre la misma cruz en que se le ajusticia, y la hace caer á un eterno torcedor, resultante de las dificultades de la imitacion. El racionalismo sentimental de nuestros dias no debe en manera alguna

honrar como à un sábio à tan empedernido mistificador! ¡Nó, no es digno del nombre de sábio el que echando mano de sortilegios y brujerías engaña à los mártires, y usurpa en provecho propio las adoraciones del mundo. Respecto de él solo pueden admitirse cuatro juicios, se ha dicho hasta la saciedad ó bien debe considerarse como un charlatan, segun declaraban los judios, *seductor illi*: ó como un insensato, segun lo consideró Herodes; ó como un malhechor siguiendo en esto al anticristianismo; ó como Dios y Señor de todo lo creado segun le proclama Santo Tomás.

No le saludeis pues como à un nuevo Sócrates, puesto que la reverencia sería filosófica, y supersticiosa la genuflexion: Jesucristo no acepta este cetro de caña. No existe término medio entre los cuatro puntos del argumento; ó es un saltimbanqui, ó un loco, ó un malhechor, ó el mismo Dios: es indispensable optar y decidirse por uno de esos extremos, y obrando à impulsos de la razon y de nuestras propias convicciones, decir con Voltaire; "*Aplastemos al infame,*" ó con la hermana de Lázaro exclamar: "*Señor: creo que tu eres Cristo el Hijo de Dios vivo, que ha venido à este mundo, (1)*"

(1) San Juan 11, 27.

Mas para evitarse semejante conclusion, es indispensable llevar la herida más allá aun que à Jesucristo. Comprendo que se haya escrito: si un hombre ha podido realizar el designio de usurpar la autoridad de Dios sobre toda la tierra, es que no existe Dios en el cielo. Indudablemente es esta la victoria más importante alcanzada por la impiedad humana contra Dios. En último resultado los autores de falsas religiones le honran, bajo formas distintas, sin ocupar su puesto; solo Jesus ha sido capaz de pronunciar esta tremebunda palabra: Soy Dios, y la humanidad se ha inclinado con fe ante semejante pretension. Este éxito inaudito constituye la más desesperadora opresion de la verdad, ya que no sea su triunfo más legítimo. Si se supone que el cristianismo no es la manifestacion más pura de Dios, debe admitirse que es su destronamiento definitivo, y si Jesus ha sido cuanto llevamos dicho, el mundo moderno háse asociado por medio de incomprensibles adoraciones à las falacias, à la locura y à los crímenes del más extrño de los fundadores.

Si, falacia en la Iglesia y en sus testimonios, en los Apóstoles que la propagan, en la historia que la certifica, en los apologistas que la defienden, en los pontífices que la gobiernan, en los

templos que levanta, en los siglos que la prestan obediencia.

Locura en la ciencia, en las tradiciones, en el genio y en las obras maestras de la era cristiana.

Maldad en el mundo convertido y civilizado, en la familia y la sociedad regeneradas, en las virtudes de nuestro martirologio, do quiera en suma exista un hombre que predique á Jesus, y un hombre que escuche, un sér que ofrezca la cruz como simbolo de consuelo, y un alma desgraciada que se abraze á ella al tiempo de exhalar el postrer aliento.

Ahí tenéis una demostracion por medio del absurdo que os desafía á contestar. Acabais de ver en qué se convierte Jesus, en qué se convierte al mundo, á qué quedais reducidos vosotros mismos, á qué se reduce Dios en fin, á consecuencia de los tiros asestados por vuestra negacion. Adorad á Dios en Jesucristo, y todo se ilumina con la historia moderna; mas suprimid á ese mismo Dios, y no puede explicarse cosa alguna sin un cálculo de perversidad de su parte, apoyada en complicidades de tal manera inadmisibles, que dado que fuérais capaces de creer en semejante imposibilidad, más bien que en la divinidad de Jesucristo, sería preciso rogar por

vosotros, sin intentar siquiera el trabajo de convenceros.

V.

Todavía existe en Jesucristo otro atributo que más, si cabe que los otros, le hace aparecer verdaderamente sobrehumano: el amor. Esa palabra profanada; pero no profana, según se ha dicho, no expresa solamente un aspecto del divino Maestro, lo resume, si hemos de juzgar por la siguiente palabra de Dios pintado por sí mismo, *Dios es caridad* (1).

Hay en las emanaciones de un corazón distinguido un canto penetrante que comunica suavidad á la palabra del hombre, union á su intimidad, amabilidad á sus rasgos; que proyecta algo de la esencia divina sobre la frente de los hijos de la tierra, y cuyo suavísimo perfume atrae un respetuoso amor. Nadie como Jesus

(1) San Juan 4, 8.

ha llevado hasta tan alto punto el imperio de semejante fascinación. Bagavath reunió todas las seducciones de un hijo de estirpe real; bello, virtuoso, dulce, fué sin embargo más inofensivo que amante. En cuanto al profeta árabe, dominador cruel y vengativo, no puede ser citado, tratándose de tiernos y santos sentimientos, sino es ofreciéndolo como repulsivo ejemplo de un alma que no los conoció. Y en cambio, ¿por qué cuando se me aparece la faz dorada de Jesús experimento la dulce conmoción que se traduce en las lágrimas de que me siento inundado; por qué se agita mi corazón conmovido; por qué me siento hasta capaz del sacrificio, llegando en ocasiones hasta el extremo de desear la muerte para mejor imitarle? ¿En qué consiste que se encuentren en su Evangelio tantas páginas palpitantes; en su vida tantos acontecimientos que hacen llorar; en su recuerdo esta virtud que sobrepuja al sufrimiento; en su nombre ese sabor que endulza mis labios como miel delicadísima, y sume mi alma en deleitoso arrobamiento, como acariciada por el mismo cielo? Ese prestigio del Salvador no es en manera alguna irradiación de sus otras grandezas, sobrehumanas: es la suave exhalación de un corazón en el cual laten ternuras infinitas. Sí, ese nimbo que ro-

dea la santa imagen, y esa atracción indefinible que de ella descende, no son más que los reflejos de un amor divino derramado sobre una frente adorable, que le circunda con una aureola del santo amor de que somos objeto.

Se ha hecho observar que en todos los grandes fundadores, la fuerza del pensamiento devora la fuerza del sentimiento, y que la vida, concentrada se refugia en la cabeza al paso que abandona el corazón: Jesús es al par el más profundo de los fundadores, y el más tierno, de los hombres. Sí, tan tierno, que su corazón fué para el mundo una novedad más sorprendente aún que su misma moral; tan tierno que la mayor revolución con que purificó la tierra, encierrase en esta sola palabra: ¡Caridad! El paganismo jamás pidió que sus dioses fuesen amados, bastaba para serles grato con que se les temiera. Jesús fué el primero que introdujo el amor en las relaciones entre el cielo y la tierra. A los ojos del paganismo existían señores y esclavos, patricios y plebeyos; á los ojos de Jesús había únicamente almas. Esto sentado, ¿quién es capaz de enumerar los amores sublimes que deben resultar de haberse proclamado semejante igualdad? Amor á los cautivos, amor á los leprosos, amor á los pobres, amor á los pecadores, amor

à los enemigos, amor, en una palabra, à las almas bajo el manto de todas las degradaciones y de todas las debilidades, de todas las razas y de todas las naciones . . . , tal es el rasgo más original y característico de la revelacion de Jesus.

Y hasta podría añadir el más divino, porque era al par el más necesario y el más imposible à la miseria humana. Nó, no era solamente un hombre, no era simple mortal el que reunió en sí esos dos extremos naturalmente incompatibles: la fuerza del génio mas poderoso, y la sensibilidad de la mujer más débil; las preocupaciones del conquistador, y el candor ingénuo del niño. Contempladle al pasar bajo los pórticos del templo de Beththania: hace un instante meditaba sobre las bases del imperio universal; al presente lora sobre la tumba del amigo que ha dejado de existir. Desgraciado aquel que leyendo en el Evangelio no ha sentido algo de esta conmovedora demostracion. Regresoinefable del hijo pródigo al hogar paterno, dulce recuerdo de la Samaritana y la Cananea, y la beatitud de los que lloran, y el perdon de la Magdalena, y los niños envueltos en caricias y las lágrimas vertidas sobre Jerusalem, y la súplica por los verdugos que no saben lo que hacen! Recuerdos impercederos de una sensibilidad sobrehumana,

que constituyen para mi corazón manifestaciones de la Divinidad no ménos positivas que los rayos del Sinaí. Por esto cuando se pretende que los soberbios de la tierra se humillen ante la divinidad de Jesus, es indispensable recordar à los unos la manera como enseñaba: à los otros cuales fueron su vida y su muerte: à los de más allá de qué manera resucitó; mas à mis ojos, el mayor de sus milagros es su corazón, y para adorarle me basta con recordar la intensidad de su amor.

Esta tésis es más decisiva aun, cuando se le invierte para poner en evidencia la manera como fué amado Jesus. Mucho se le ha insultado y negado; si como la verdad que constituye su divina esencia es el ser más odiado de este mundo; es también el mas querido. A la manera que los padres mueran á veces en el corazón de su posteridad, ántes aun de que hayan dejado de existir; así como los grandes de la tierra se ven abandonados en su agonía, cuando no han exhalado aun el último suspiro, del mismo modo en fin que los recuerdos de nuestro corazón renuévansen en nosotros casi antualmente, como acontece con las flores en la primavera; y que somos tan desgraciados en el órden del sentimien-

to, en cuanto según se ha dicho, podemos resistir menos tiempo la intensidad del dolor, existe un Crucificado que con haber muerto hace diez y ocho siglos, todavía ve visitada su tumba incesantemente. La Europa entera se ha levantado siete veces blandiendo millares de espadas, sin más objeto que reconquistar el frío sepulcro donde fué sepultado: el catolicismo se postra con devoción sobre todos los lugares en que posó su planta, desde Jerusalem hasta el fondo de Samaria; hijos hay que arrancan à sus madres lágrimas de dolor, al abandonarlas para ir à buscar una muerte segura y gloriosa en las regiones más remotas à las cuales donde se trasladan para defender la palabra de Jesus; lo mismo los reyes que los cristianos más humildes se inclinan hasta el suelo para adorar respetuosamente la huella impresa por su pié ensangrentado: por él se muere en el interior de los cláustros; sobre ignominiosos catafalcos, en medio de desiertos espantosos: contéplase hasta el éxtasis; se le respeta hasta la adoracion; se le ama hasta la locura, en fin, es el padre de los desgraciados que se resignan: el último grito de los santos que mueren: la pasión inmortal de una humanidad que no es capaz de vivir sin amar, ni de amar durante mucho tiempo un mismo objeto,

¡He ahí la medida sobrehumana de las afecciones que inspira!

Argumento poderoso como todas las afirmaciones que pronuncia el hombre puesta la mano sobre el corazón. El constituía la mejor prueba para Napoleón I., toda vez que herido en Sta. Elena por este pensamiento, el gran capitán dedujo de él una consecuencia sublime. Desde lo alto de su melancólico peñasco, paseando por la historia su mirada penetrante, convenciase con honda amargura del escaso amor que acompaña à los grandes hombres más allá de la tumba. A tento à esto media à la humanidad en su comportamiento para con Alejandro, para con Anibal, para con César, para con él mismo; despues hacia lo propio respecto de nuestro divino Redentor, y comprobada la diferencia, exclamó con inspirado acento. «¡Ah Bertrand, conozco mucho à los hombres, y puedo asegurarte que Jesucristo era Dios!» Este acto de fé, llevado à la Europa escéptica desde aquel lecho de muerte, constituye uno de los testimonios más concluyentes que puedan imponerse à la razón. Escuchando tales acentos no se concibe que no inspiren profunda compasión los sábios extraviados capaces de escribir: «Todas esas pretendidas demostraciones de la divinidad de Jesucristo, po-

«drian igualmente aplicarse á otros personajes, «por ejemplo al Bouddha Sakiamonni (1).» A nuestros ojos solo hay una desgracia que pueda igualar á la que resulta de haber escrito esta contra-verdad, y es la de morir sin haber reconocido su irritante injusticia y su suprema inconveniencia.

VI.

Finalmente, Jesús es también sobrehumano en su constitución. Nada más fácil de imaginar que un personaje de novela, porque, si bien es cierto que todos los hombres son distintos, también lo es que todos se parecen, y que con buen acopio de rasgos comunes, es muy fácil componer un rostro que no lo es. Pero Jesucristo es un tipo hasta tal punto inconcebible, que para ser pintado, necesariamente ha debido presentarse tal cual lo vemos, puesto que, de lo

(1) E. Burouff, *Ciencias de las religiones*.

contrario, el inventor de su historia sería más sorprendente que el mismo héroe. Esta fusión de dos naturalezas es una sola persona, sosteniéndose constantemente de uno á otro extremo del Evangelio, no solo en las enseñanzas doctrinales, sino también en los actos de Jesús, esta alianza de Dios y del hombre absorbiéndose ó desmintiéndose mutuamente, constituye á no dudarlo una creación indudablemente sobrehumana. El espíritu era tan incapaz de concebirla antes de verla, que aun después de haberla visto apenas creía en ella. Y sin embargo, la razón está obligada á reconocer perfectamente, conforme con sus exigencias lógicas, lo que no lo está con sus instintos, puesto que las armonías del misterio de la Encarnación le encantan, en tanto que la manera de ese misterio la desconcierta.

Afortunadamente lo que ella no comprende, es decir, la constitución de Jesucristo, le parece tan divino como lo que acierta á explicarse, esto es, las causas y la oportunidad del advenimiento de Jesucristo. El retrato del hombre Dios según el Evangelio, encierra realmente una verdadera apología en su sublime originalidad. Es demasiado inverosímil, humanamente considerado, para no ser divinamente verdadero,

Nótese el paralelismo, realmente sobrenatural de estas dos vidas, en una vida misma, tal cual resulta del texto sagrado.

San Lucas y San Mateo nombran á los antepasados de Jesús según la carne, á través de una serie de setenta y siete generaciones, desde los príncipes de Judá, hasta Zorobabel, hasta David, hasta Adán, hasta Dios: ésta es la generación del hijo del hombre. San Juan exclama: *En el principio era ya el Verbo, y el Verbo está en Dios, y el Verbo era Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros* (1). Esta es la generación del Hijo de Dios.

Jesús viene al mundo en un establo, sujeto al dolor, á la humillación y á la pobreza; era el nacimiento del hombre; pero los ángeles cantan sobre su cuna, los astros le sirven de nuncio, los pastores de las montañas y los reyes del Oriente le llevan el tributo de sus adoraciones, más aún, el universo entero se conmueve ante semejante aparición; era el advenimiento de un Dios.

Jesús, amenazado por la sombría ambición de Heródes, huyó á la tierra de Egipto que sirvió de refugio á su abuelo Jacob; era el destier-

(1) S. Juan 1.º, 14.

ro del hombre; mas según las tradiciones los falsos dioses tiemblan y la estatua de Júpiter Casio se hace pedazos á su aproximación: hé ahí el paso de Dios.

Jesús crece en edad y en sabiduría, en el trabajo y en la oscuridad, como los demás niños de Nazareth; era la educación progresiva del hombre; pero va á celebrar la Pascua á Jerusalén, mézclase con los doctores en el templo, les sorprende por las incomparables luces de su palabra: hé ahí la ciencia infusa de Dios.

María que lo ha perdido entre la multitud, exclama llena de amargura al encontrarse nuevamente con él. *Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira como tu padre y yo llenos de aflicción te hemos andado buscando* (1). Era la advertencia dirigida al hombre. Jesús responde: *¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?* (2). Hé ahí la justificación de Dios.

Llegado el tiempo de la vida pública, Jesús abandona el taller de Nazareth, se confunde con la multitud arrepentida, recibe el bautismo de

(1) San Luc. 2.º 48.

(2) S. Lucas 2.º 49.

manos de San Juan: es la humildad del hombre. Mas al propio tiempo los cielos se abren, el Padre celestial dice: Este es mi Hijo amado; el Espíritu Santo descende bajo la figura de paloma, en una palabra, la Trinidad completa se manifiesta: hé ahí la gloria de Dios.

Jesús pasa al desierto: vé á Satán que se le aproxima, y se somete á la tentación cual podría haberlo hecho otro hombre: pero pronuncia una palabra y esto basta para que el tentador se declare vencido, en tanto que los Angeles descendien del cielo para servirle cual convenia á la majestad de Dios.

Jesús no tiene una sola piedra donde descansar su cabeza, sufre el hambre y la sed, el ayuno le postra, la fatiga le abaté, la tristeza le devora, la pérdida de su amigos le hace llorar: es la sensibilidad del hombre. En cambio, con cinco panes y algunos peces da de comer á miles de personas, sujeta los elementos á su voluntad, cura los enfermos, seca las lágrimas en los ojos de los desgraciados, y con esto manifiesta su naturaleza divina.

Jesús ha predicado, los Fariseos resuelven matarle, se oculta para sustraerse á su persecución; vémos en esto la debilidad de la humana

naturaleza: Jesús reaparece, los Fariseos le obligan á condenar la mujer adúltera, y basta con que les señale ciertos signos trazados sobre el polvo para que huyan aterrados: hé ahí la fuerza de Dios.

Contemplad á ese desgraciado que cae rendido de fatiga, despues de la flagelación del pretorio: es el hijo del hombre. Contempladlo ahora deslumbrante de luz, trasfigurado en la cima del Tabor, es el Hijo de Dios. Contempladle lleno de zozobra y bañado en el sudor de la agonía, esforzándose por volver de su sueño á los amigos que lo han abandonado y por los cuáles va á morir: es el hijo del hombre. Vedlo ahora anunciando en son de profecía que el reino de las tinieblas ha concluido, y que es de los suyos el que va á entregarlo á traicion; es el Hijo de Dios. ¡Quién es esta víctima prosternada en el polvo del huerto de Gethsemani, que con voz dolorosa exclama: *padre mio, si es posible, no me hagas beber este cáliz* (1)? Es el hijo del hombre. ¡Quién es ese sacrificador que se incorpora, y que con una de sus palabras hace postrar á los los enemigos que van á aprisionarle; para hacer

(1) San Mat. 26, 39.

patente que es el señor de aquellos que van á convertirle en su juguete? Es el Hijo de Dios. Por último, contemplad á ese conderado conducido de uno á otro tribunal, que ha sido interrogado, escarnecido, negado repetidas veces y por último, juzgado como un malhechor: es el hijo del hombre. Contemplad en cambio al pobre paciente que cura la oreja á Malco, que amenaza á Caifás, cuyo solo recuerdo basta para inspirar á Júdas desesperados remordimientos, y cuya imagen puesta patente en todos los pretorios de la cristiandad hará temblar constantemente á los jueces prevaricadores: es el Hijo de Dios.

Posteriormente Jesús exhala su postrer aliento diciendo: *«Dios mío, Dios mío, porque me has desamparado (2)»* era el decaimiento, la prostración del hombre; mas si muere es porque ha querido morir: era la soberanía de Dios. Muere y es sepultado, cual se hace con los restos mortales del hombre; pero el sol se eclipsa, la tierra treme, los peñascos se henden, las tumbas se abren: es el duelo de la naturaleza por la muerte de un Dios. Muerto, su cuerpo es custodiado

(1) San Mat. 27, 46.

por guardias de vista, su sepulcro cerrado y sellado para que en todos tiempos pueda hacerse constar que allí se encierra el cadáver de un hombre; mas al tercer día ni Pedro, ni Juan, ni Magdalena logran encontrarle dentro de la tumba en que fuera depositado, en tanto que los discípulos de Emaús le reconocen en el modo de partir el pan: era la resurrección de un Dios. Por último, por espacio de muchos días, Tomás y otros muchos pueden verle, acercársele y poner la mano en sus heridas, para adquirir la convicción de la identidad del hombre; mas el día de la Ascension reúne á sus Apóstoles y á sententa y dos discípulos en la montaña de las Olivas, y asciende al cielo en su presencia, para probarles que es Dios para siempre jamás impasible y glorioso.

Hé ahí á ese tipo múltiple de Jesucristo, que no puede ser explicado como hombre solo, ó como Dios solo, y en el cual Dios y el hombre están de tal suerte confundidos y entrelazados, que es imposible separarlos sin anonadar la personalidad que les une, y elevar lo absurdo á la categoría de misterio (1).

(1) Véanse las notables Conferencias del Rdo. Bossch sobre el Hombre-Dios.

Tal es Jesucristo: coloquemos ahora al lado de ese verdadero retrato los cristos convencionales imaginados por la herejía ó por nuestros autores de idilios orientales. Para apreciar la manera como el primero es divino, basta con demostrar cuanto hay de imposible en los de creación humana. Arrio fué el primero que negó la consubstancialidad, y por consiguiente la divinidad del Verbo; pero los santos confesores de Nicea, con una mano puesta sobre la doble historia que á grandes rasgos acabamos de trazar, y la otra sobre sus cicatrices, dijeron: Por el Hombre-Dios es por quien hemos padecido, un Hombre Dios es á quien confesamos, y bastó esto para que quedara destruido el primer falso retrato de Jesucristo. Aparece despues Nestorio, que descomponiendo á Cristo en dos personas, suponía en Jesus un Dios y un hombre en lugar de un Hombre-Dios; pero la Iglesia, llamada á la vista de ese Dios que no siendo hombre, no podía satisfacer por nosotros, y de este hombre que no siendo Dios, no podía conciliarnos con él, y resistiendo verse defraudada en la felicidad de su redención, levántase con S. Cirilo, con el concilio de Efeso y con todo el Oriente; con el Papa S. Celestino, con el concilio de Roma y con todo el Occidente para anatematizar

el segundo falso retrato de Jesucristo. Fué el autor del tercero Eutiques, que destruyó en Jesucristo la naturaleza humana; pero en presencia de este Cristo que no habria sabido sufrir humanamente, puesto que solo la apariencia tenia de hombre; y que no podria consolar, por lo mismo que habria ignorado lo que es sufrir, el mundo cristiano respondió: Un redentor llorando del mismo modo que yo, hé ahí cómo debe ser el mio, y los Padres de Calcedonia, rechazaron el tercer falso retrato de Jesucristo. Finalmente; de Eutiques á Sergio, y de este á Socino, la herejía se agota en falsificaciones sobre a misma cabeza, sin saber imaginar un Critos capaz de borrar al Hombre-Dios de las páginas del Evangelio.

La filosofia como la herejía ha querido tener su Cristo y no ha podido alcanzar hacerlo filosófico. El primer retrato ha salido de manos de Voltaire. No hay para qué recordar la indignación del mundo producida por la criminal alteración de la divina semejanza: no pudiendo aplicarse á aquella figura el epíteto de *infame* escrito al pié de la misma, desprendiose de dicho sitio para caer sobre la frente del autor. El segundo retrato es de Dupuis. Este en su *Origen de los cultos*, osa ver en Jesus un ser puramen-

te imaginario, y llega hasta el extremo de negar su realidad histórica: absurdo semejante cayó completamente en descrédito, de manera que solo se cita como un hecho pasajero. El tercero es de Strauss y de Salvador. Representa la vida de Jesús, no como una fábula sino como un mito, es decir, como un recuerdo vaporoso, medio verdadero, medio falso, ocupando el justo medio entre la fábula y la historia, y concediendo á Jesús una existencia problemática como la de Hércules ó la de Lino. Ante semejante balumba y mescolanza de falsa erudicion, la razon europea se ha sentido movida por la curiosidad: mas al cabo de muy poco tiempo ha vuelto la espalda con solemne desdén, convencida de que aplicando idéntico sistema crítico á todos los acontecimientos del pasado, puede suprimirse completamente la historia. Finalmente, no hace mucho tiempo ha aparecido el último retrato del mismo original: este no nos ofrece á Jesús desfigurado por los sábios, sino á Jesús transformado por los novelistas.

Háse encontrado un artista sacrilego dispues; to á hacer de la vida de Jesús un drama en tres actos que podrian titularse la pastoral, la comedia, la tragedia. La pastoral tiene lugar en Belen y en Nazareth; la comedia durante la vida

pública de Jesús; la tragedia se realiza en el Calvario. Falsificación toda la obra cual jamás se haya imaginado otra alguna, porque la pastoral de este nuevo evangelio es un fragmento de fantasía literaria: la comedia era irrepresentable por ser imposible por su propia naturaleza: pudiendo decirse que la tragedia, habria sido legitima, de ser la comedia verdadera. Sí, la comedia era imposible, porqué los milagros del Salvador no pueden en manera alguna ser explicados por el poder atribuido al *contacto y al sonreír de un ser excelente* (1). Ensayen los apasionados del cristianismo el tratamiento de las *sourisas* sobre los ciegos de nacimiento, y el de los *contactos más excelentes* sobre los cadáveres en descomposicion, y verán el resultado que obtienen. En fin no vacio en repetir que la tragedia habria sido legitima, si la comedia hubiese sido verdadera, porque suponiendo que Jesús hubiese sido un bribon que hubiese logrado imponerse y llevar á los ánimos la perturbacion echando mano de falsos prodigios, Júdas habria hecho perfectamente entregándolo, Caifas y Herodes enviándolo al juez, Pilatos sacrificándolo,

(1) Bonan, Vida de Jesús.

los Judios deshaciéndose de él, y todos los sayones y verdugos castigándolo; y el único criminal verdadero que aparecería en los anales del deicidio, sería precisamente ese mismo Dios, falsamente adorado por el universo, como modelo, esperanza y vengador supremo de los inocentes.

De manera que de todos los retratos imaginados para reproducir à Jesucristo, sólo hay uno que se imponga à la razon y este es el verdadero. Ahora bien, este es demasiado sobrehumano para que pueda considerarse de composicion humana, demasiado sobrehumano, sobre todo, para que cuatro historiadores, debiendo pintarlo separadamente, hubiesen concordado hasta tal punto en su identidad, que lo reprodujeran del mismo modo sin olvidar el rasgo más insignificante. Conclusion dulce y fecunda en la cual mi alma encuentra una evidencia de razon y una evidencia de fé, y adora simultáneamente la divinidad de su Cristo y la de los Evangelios.

Juzgaria completamente recompensados mis esfuerzos, si al término de este estudio, se encontrara un solo lector que incrédulo respecto del Dios que acabo de demostrar, le adorase con la embriaguez incomparable del ciego de nacimiento, cuyos ojos al abrirse à la luz, descubren

al par rasgos de Jesus y su divinidad. Es una felicidad indescriptible la que resulta sintiendo latir el corazon en presencia de esta cabeza demudada por el dolor que abrigó tan grandes pensamientos: ante esa mirada inefable cuya expresion arrancaba raudales e lágrimas à S. Pedro, ante esa boca suavísima cuyas palabras constituyen el consuelo y la sabiduría de los siglos, ante esas manos cuyas bendiciones hacian las delicias de la niñez, ante esos piés con frecuencia cansados de caminar en pos del extraviado rebaño de Israel, ante esos brazos en fin tan prodigamente extendidos sobre la tierra, que es imposible que escape miseria alguna à los abrazos de su misericordia.

En esta adoracion existe la solucion de multitud de problemas, la contestacion à muchos dolores. Semejante acto de fé, encierra el compendio de todos los consuelos, el resumen de todas las pruebas. Desgraciadamente, al tocar à su término, siento que me asalta la tartamudez de que habla San Pablo, porque la verdad es que jamás se ha dicho de Jesus todo cuanto debería decirse, porque cuando el espíritu ha terminado, el corazon quisiera empezar de nuevo.

Es que "cuando debe hablarse de Jesus se experimenta una especie de opresion involuntaria,

escribía en 1840 Sainte-Beuve. Cuando se pronuncia su nombre, como no sea postrado de hinojos en actitud de adoración, se teme profanarle; la simple repetición de ese nombre inefable para el cual el respeto más profundo podría trocarse en blasfemia, aterra al hombre pensador (1).»

Por desgracia, ese mismo hombre ha renegado más tarde de Jesús, seducido por el brillo escandaloso de una popularidad póstuma y deletérea: ello es que puede aplicarse à la segunda mitad de su existencia esta sentencia que fulminó durante la primera. «Los que niegan absolutamente à Jesucristo, llevan la penitencia en su pecado. Fijaos en los más notables de los anticristianos modernos, en Federico el Grande, en Laplace, en Goethe, y podreis convenceros de que todo aquel que ha desconocido completamente à Jesucristo, en el espíritu ó en el corazón, no ha tenido cuanto había menester, le ha faltado algo (2).» El autor de la cita constituye un número más que debe adicionarse à esta lista de seres incompletos.

(1) *Historia de Port-Royal*,

(2) *Idem*,

CAPITULO IV.

EFECTOS SOCIALES PROPIOS DE LA VERDADERA RÉLIGION.

El cristianismo lleva en sí mismo los caracteres de la verdad sobrenatural; que brillan singularmente en su divino autor: con la circunstancia de que es tan clara esta última verdad que haría violencia, à la adhesión de los espíritus, si no existieran siempre motivos que los engañaran; teniendo en cuenta, por otra parte, que no se hallan animados del vehemente deseo de no serlo. Hemos visto que el fundador del cristianismo traspasa los límites de la humanidad por su duración retrospectiva en los acontecimientos que le han precedido, y por su du-